

Desde hace más de veinte años, José Luis López Linares ha sido, entre otras varias cosas, el que le ha puesto luz y algún que otro taquígrafo al cine de directores como Carlos Saura, Fernando Trueba, Francisco Regueiro, Felipe Vega, Emilio Martínez Lázaro, Gerardo Vera, Jaime Chávarri, Basilio Martín Patino, Francisco Lombardi, Alain Tanner y hasta, de refilón, a Víctor Erice en “El sol del membrillo”. En cierto momento de este viaje a la velocidad de la luz, López Linares, desarrolló un instinto, una idea o una intención que lo convertirían, más que en un director de fotografía, en un director de actores. Si el encuadre y la composición interpretan, si la luz habla tanto o más que el propio diálogo, pueden ser tratados de un modo parecido al que usaba Lee Strasberg en su Actors Studio y exprimirlos y acorralarlos como a actores del método a punto de llorar, o reír. Lo curioso de esto es que López Linares, que, como casi todos los grandes, llegaron a lo suyo por azar y como de visita, enseguida vio la manera de sentirse cómodo en el cine: siendo de natural discreto, o silencioso, incluso taciturno, encontró el trueque conveniente: imágenes por palabras, o sea, por no decirlas; y lleva ahorradas millones de ellas. Lo que por él han dicho sus imágenes es igualmente incontable, aunque hay una extensísima filmografía para ser contada.

También en algún momento de ese viaje, José Luis López Linares decidió proponerle no sólo la luz o la presencia a una escena, sino proponerse a sí mismo para otras tareas: trabajar, digamos, como un chino (idea base que luego daría el nombre a su productora, López-Li). Producir, dirigir, pero sobre todo dirigirse hacia el terreno apropiado: el documental. Junto a Javier Rioyo, se inventó esa rareza llamada el documental de éxito: con “Asaltar los cielos”, el cine documental español los vio precisamente abiertos, pues a partir de entonces se empezó a tomar en serio y a ver sus muchas posibilidades, tanto éticas como estéticas y comerciales.

“A propósito de Buñuel”, un caminar alegre sobre las huellas del cineasta, y “Extranjeros de sí mismos”, una entretenida -pero también amarga y profunda- reflexión sobre las ilusiones, la guerra y las desilusiones a través de testimonios de antiguos brigadistas y de la División Azul (impagable la presencia de Berlanga y Ciges), consolidaron un estilo documental y un modo de mirar con buenos ojos la Historia, la Cultura y sus personajes. “Un instante en la vida ajena” era casi una declaración de principios y esta inclasificable película habla en esencia de eso, del modo de mirar el mundo, la historia, los demás.

Se centra en un peculiar personaje, Madronita Andreu, y recopila y licúa todo el material rodado por esta mujer de la alta burguesía catalana y que ofrece una visión foptimista del siglo pasado y una mezcla fascinante del cine familiar y el documento.

“El cine en las venas”, “Hécuba, un sueño de pasión”, “Geraldine”, “El pollo, el pez y el cangrejo real” son algunas de sus últimas películas, en colaboración con Arantxa Aguirre y completamente enfocadas a la interpretación (gran paradoja en un documentalista como él), a trazar un puente entre el espectador y ese ser mitológico que es el actor, a husmear en sus límites y terrenos, como en el caso de Jesús Almagro, que es el cocinero de “El pollo, el pez...”, pero un actorazo con un cuchillo entre las manos.